

corriente narrativa más interesante y profunda de nuestra vida republicana), pero enriquecida por la experiencia narrativa continental de la últimas décadas y fortalecida por la asimilación de la agitada historia de nuestros días; y, en segundo lugar, la afirmación individual de un escritor peruano que con sus propias publicaciones va delineando la magnitud de sus desafíos. La siguiente prueba será, sin duda, la de la novela en su extensión convencional.

*Universidad de Pittsburgh*

CARLOS L. ORIHUELA

MABEL MORAÑA: *Literatura y cultura nacional en Hispanoamérica (1910-1940)*. Minneapolis, Minnesota: Institute for the Study of Ideologies and Literatures, 1984.

El análisis de nuestros procesos culturales ha pecado siempre de generalizaciones que colocan bajo un mismo rótulo conceptos que se articulan con distintos sistemas de pensamiento (p. ej. Nacionalismo/Americanismo). El trabajo de Mabel Moraña, *Literatura y cultura nacional en Hispanoamérica (1910-1940)*, abre un camino importante para la comprensión cabal de los discursos culturales hispanoamericanos durante las primeras décadas del siglo XX. En este libro se deslindan los contradictorios proyectos ideológicos a los que pueden articularse determinadas nociones, lo que permite dar cuenta de su complejidad más allá de esquemas simplificadores.

El amplio panorama ideológico que el texto aborda excede los límites marcados por el título del libro, ya que, en efecto, se manejan nociones ideológicas y culturales que van más allá de lo estrictamente literario. El problema se ubica en un período que implicó para Hispanoamérica el reajuste de los esquemas de inserción dentro del sistema capitalista, fundamentalmente después de la Primera Guerra Mundial. A partir de allí la autora analiza los cambios que se operan en las formas de conciencia social, las cuales deben reajustarse ante las nuevas condiciones en las que se han movlizado sectores medios, que exigen no sólo un espacio social sino también cultural y político.

Según sostiene Mabel Moraña, la activación de sectores medios como fuerza social importante produjo un resquebrajamiento en el sistema de valores que regía para el momento la praxis política y cultural. Uno de los efectos de esta fractura, en el terreno cultural, se expresó en una crisis de identidad social que fue resuelta en términos de una desesperada búsqueda de lo nacional y, a partir de allí, de lo americano.

Es en este contexto que surge el nacionalismo cultural, tema que Moraña vincula con procesos más amplios y abarcadores. Así, muestra cómo las distintas nociones manejadas —nacionalismo, americanismo o humanismo— no tienen un sentido único, sino que su significado debe comprenderse a partir

de la relación que tales conceptos establecen con determinado proyecto político/ideológico.

Por un lado, —según Moraña— estas nociones se pueden adscribir a esquemas de estabilización social, como el populismo, que surgió en la época como una variante de la ideología liberal decimonónica, remozada con el nuevo siglo al dejarse permear por conceptos más democratizadores y al ampliar el sujeto social al que apelaba.

Por otro lado, estos conceptos —nacionalismo, americanismo— son incorporados al pensamiento socialista que está surgiendo en América Latina como vehículos para la introducción de nuevos parámetros a través de los cuales se pueda comprender y construir una nueva noción de cultura. En este sentido, Moraña toma la producción crítica de José Carlos Mariátegui como “la síntesis mayor del pensamiento del período” (p. 87).

A partir del anclaje en alguno de estos dos grandes bloques ideológicos —populismo, socialismo— es que la autora observa la discusión de la época acerca de la cultura nacional y del americanismo. Y es también a partir de allí que analiza el surgimiento de un nuevo humanismo, llamado alternativamente en el libro de Moraña “radical” o “proletario”, en oposición al humanismo burgués, que para la época se considera agotado en su función histórica.

Este nuevo humanismo, considera Moraña, se presentaba como un proyecto alternativo cuyo planteamiento básico consistía en la movilización de amplios sectores sociales para hacerlos partícipes de la cultura nacional que pretendía crearse sobre una base social más amplia. Pero no concibiendo a los sectores dominados como una masa atemporal y eterna —nociones manejadas por el humanismo burgués— sino como un campesinado y un proletariado modernos a los que se busca constituir en nuevo sujeto social.

Comienza así a manejarse, dentro del nuevo humanismo, una idea de cultura que no es ya el concepto esencialista y ahistórico, que provenía del pensamiento liberal decimonónico. Se concibe la cultura como “expresión o representación figurada de las luchas sociales, sujetas a condiciones históricas de producción y recepción” (p. 79).

Del mismo modo, para el pensamiento socialista emergente la noción de americanismo no se sostiene sobre esquemas esencialistas, sino que forma parte de un proyecto ideológico general a partir del cual se pueden comprender las raíces históricas de la posición de dependencia que el continente ha adquirido con respecto a una metrópoli única, los Estados Unidos.

Finalmente, lo que el análisis de Mabel Moraña quiere dejar sentado es la cabal comprensión del hecho de que una misma noción puede movilizar un campo de connotaciones ideológicas diversas, dependiendo del discurso general al que se adscriba. Y la comprobación histórica de esta idea se busca en el origen de una discusión en la que, por primera vez, un discurso socialista sienta nuevas bases para el análisis de nuestros procesos culturales.

Toda revisión de la historia lleva implícita, sin duda, la necesidad de comprender lo que somos en el presente. Este estudio de Mabel Moraña busca

también ese acercamiento. Aquella discusión se traslada a nuestro momento actual por la vía de una definición de la cultura que abarca amplios sectores de la vida social. Es así como el concepto que manejó Mariátegui acerca de la cultura nacional —retomado por Moraña— cobra especial relevancia:

Si por cultura nacional se entiende un proyecto universalizado, que alcanza a todos los habitantes de una formación social determinada, y en el cual confluye la acción de los diferentes sectores sociales que componen una nación, es obvio que bajo condiciones represivas, marginación de grupos étnicos, clases sociales o sectores políticos, aquélla, que es por definición un plan popular, de integración social, no tiene cabida (p. 2)

Esa cultura nacional de amplia base está aún por formarse en la gran mayoría de nuestros países de Hispanoamérica. Es la tarea que parece proponer Moraña a los intelectuales que se preocupen por el estudio de nuestra cultura. Es así como plantea:

La reivindicación de manifestaciones culturales realizadas en idiomas no dominantes, clandestinas, orales, no profesionalizadas, etc., hace estallar los límites de las formas canónicas que vehiculizan el lenguaje, los temas y las formas discursivas propicias para la transmisión de contenidos culturales hegemónicos (p. 95).

Reivindicación que implicaría la proposición de una "nueva lógica comunicativa, dentro del plan más vasto de reconstitución de la sociedad civil" (p. 95).

Esto fue válido para los años veinte como lo sigue siendo hoy. No es que nos encontremos en el mismo punto de la discusión en que nos encontrábamos entonces. Sino que los numerosos aportes que en todo el continente se han hecho con la finalidad de construir un pensamiento alternativo al oficial y hegemónico no han logrado superar esa etapa de "concientización" que desde los tiempos de Mariátegui se plantearon como meta.

El problema de las culturas nacionales y de la especificidad americana sigue vigente, y sigue formando parte por igual de proyectos oficiales y de proyectos alternativos. Lo que parece evidente, sin embargo, es que el discurso oficial se ha encargado de hacer que prevalezca su noción esencialista y ahistórica de lo que somos, así como su concepción restringida de lo que es cultura.